

mada por una serie de arcos que se abren sobre el patio interior, y que no tiene ni puertas, ni cortinas que la cierren; es una transición entre la casa y la calle; que sirve de jardín á los perezosos musulmanes, y cuya inmóvil sombra reemplaza para ellos la de los árabes, que no tienen ni la industria de plantar, ni la fuerza de ir á buscar donde la naturaleza los ha hecho nacer para ellos. Nuestros cuartos, aunque en aquel magnífico palacio, hubieran parecido demasiado maltratados por el tiempo al mas pobre patán de nuestras cabañas; las ventanas no tenían vidrieras, lujo desconocido en el Oriente, á pesar de los rigores del invierno en estas montañas; ni camas, ni muebles, ni sillas; solo las paredes peladas, decrépitas, acribilladas de nidos de ratones y de lagartos, y por piso, tierra, rastrillada, desigual, mezclada con paja picada.

Trajeron los esclavos unas esteras que tendieron sobre aquel piso, y unas alfombras de damasco, con que cubrieron aquellas esteras; luego trajeron una mesita de Belen, de madera embutida de nácar; esas mesitas no tienen medio pié de diámetro sobre la misma elevación; parecen un fragmento de columna truncada y no pueden sostener mas que una bandeja en que colocan los musulmanes los cinco ó seis platos de que se compone su comida.

La nuestra, puesta sobre aquella mesa, se com-

ponia de un *piló* (1), de un plato de leche aceda que se mezcla con aceite, y de calabacines rellenos con pedazos de carnero picado que se machacan con arroz cocido. Este es en efecto el manjar mas apetecido y sabroso que se puede comer en todo el Oriente; por bebida, agua pura, que se bebe en unas especies de jarras de barro con largos picos, que se pasan de mano en mano y de las que se hace caer en la boca entreabierta, sin que el barro toque á los labios (2). Ni cuchillos, ni cucharas, ni tenedores; se come con las manos, pero las continuas abluciones hacen ménos repugnante esta costumbre entre los musulmanes.

Apenas acabamos de comer, el emir nos envió á decir que nos aguardaba. Atravesamos un gran patio adornado de fuentes, y un pórtico formado por altas y sutiles columnas que arrancan desde el suelo y sostienen el techo del palacio.—Introdujéronnos en una hermosísima sala cuyo pavimento era de mármol y cuyos techos y paredes estaban pin-

(1) Lllaman así los turcos (á lo ménos así pronuncian esta voz) á un plato de arroz mezclado con pedacitos de carnero, que es el uso de sus manjares mas usuales y apetitosos. Permítasenos usar esta voz que los franceses han adoptado (*pilaru*) y que nos evitará el repetir un circunloquio inútil.—N. del T.

(2) A lo que parece, los jarros que describe aquí el autor no son otra cosa mas que nuestros botijos ó alcarrazas.—N. del T.

tadas de vivos colores y elegantes arabescos por pintores de Constantinopla.—Varios surtidores de agua murmuraban en los ángulos de la estancia y en el fondo; detras de una columnata cuyos intercolumnios estaban enrejados y vidriados, se veia un enorme tigre, durmiendo con la cabeza apoyada sobre sus patas cruzadas.

La mitad de la estancia estaba llena de secretarios, con sus largas ropas y sus tinteros de plata metidos en el cinto á guisa de puñales; de árabes lujosamente vestidos y armados; de negros y de mulatos, aguardando las órdenes de su amo, y de algunos oficiales egipcios con chaquetas europeas y con el gorro griego de paño colorado con una gran borla azul que les cuelga hasta los hombros.—La otra estancia estaba elevada á cosa de un pié sobre el nivel de la primera, y le daba vuelta un ancho divan de terciopelo colorado, en la esquina del cual estaba sentado el emir con las piernas cruzadas.

Era aquel un hermoso anciano de ojos vivos y penetrantes, tez fresca y animada, barba entrecana y ondeante; un ropon blanco, ceñido con un cinturón de cachemira, le cubria de piés á cabeza y el espléndido mango de un puñal salia de entre los pliegues de su ropon á la altura del pecho, y presentaba una mazorca de diamantes del grueso de una naranja.

Saludámosle á la usanza del pais, poniendo la mano primero en la frente y luego sobre el corazon; volviéonos nuestro saludo con afabilidad y sonriendo, y nos hizo señal de que nos acercáramos y nos sentáramos junto à él en el divan.—Un intérprete estaba de rodillas entre él y nosotros.—Tomé la palabra, y le manifesté el placer que experimentaba en visitar el interesante y hermoso pais que él gobernaba con tanta firmeza y sabiduría, y le dije, entre otras cosas, que el mejor elogio que podia hacer de su administracion era hallarme allí; que la seguridad de los caminos, la riqueza de la agricultura, el órden y la paz de los pueblos eran elocuentes testimonios de la virtud y de la habilidad del príncipe. Dióme las gracias, y me hizo, acerca de Europa, y principalmente sobre su lucha entre turcos y egipcios, una multitud de preguntas que manifestaban juntamente todo el interes que tenia para él aquella cuestion, y sus conocimientos é inteligencia de los negocios, poco comunes en un príncipe del Oriente. Trajeron el café y las largas pipas de costumbre, que se renovaron con frecuencia y la conversacion prosiguió por espacio de una hora.

Encantado quedé de la sensatez, las luces y los modales nobles y dignos de aquel anciano príncipe, y al cabo de una hora me levanté para acompañarle á sus baños, que quiso enseñarnos él mis-

mo. Aquellos baños consisten en cinco ó seis salas con pavimentos de mármoles, y cuyas bóvedas y paredes estaban estucadas y pintadas al temple, con mucho gusto y elegancia, por pintores de Damasco. Multitud de surtidores de agua caliente, fria ó tibia, salian del pavimento y derramaban su temperatura en las salas. La última era un baño de vapor donde no pudimos estar ni un minuto. Varios esclavos blancos, muy bizarros, el tronco desnudo y las piernas rodeadas de un chal de seda cruda, estaban en aquellas salas, prontos á ejercer sus funciones de bañadores. El príncipe nos hizo proponer que nos bañásemos con él, pero no aceptamos, y le dejamos en manos de sus esclavos, que se preparaban á desnudarle.

De allí fuimos con uno de sus escuderos, á visitar los patios y las caballerizas, donde estaban atados sus magníficos caballos padres árabes. Es preciso haber visitado las caballerizas de Damasco, ó las del emir Beschir, para formarse una idea del caballo árabe. Este soberbio y gracioso bruto pierde mucha parte de su hermosura, de su mansedumbre y de su forma pintoresca cuando se le trasplanta, de su pais natal, y de sus hábitos familiares, á nuestros climas frios y á la sombra y soledad de nuestras cuadras. Es preciso verle á la puerta de la tienda de los árabes del desierto, la cabeza entre los brazos, sacudiendo su larga melena negra, como un parasol móvil, y barriendo sus

omos tersos como cobre ó plata, con el tornatil látigo de su cola, cuya estremidad está siempre teñida de púrpura con el *hené*; es preciso verle vestido con sus espléndidas gualdrapas, recamadas de oro y de perlas; la cabeza cubierta de una redecilla de seda azul ó colorada, ó de hillo de oro ó con agujetas sonoras y flotantes, que caen de su frente sobre su nariz, y que cubre y descubre sucesivamente, á cada ondulacion de su cuello, el globo inflamado, inmenso, inteligente, manso y altanero de sus ojos; es preciso verle, sobre todo allí, de dos á trescientos caballos; unos tendidos en el polvo del patio, otros trabados con maniotas de hierro y atados á largas cuerdas que atravesaban aquellos patios, otros escapados sobre la arena y saltando de un brinco las hileras de camellos que se oponian á sus libres carreras; estos llevados de la mano por jóvenes esclavos negros, vestidos de chaquetas de escarlata, y apoyando sus cariñosas cabezas en los hombros de aquellos muchachos; aquellos jugando entre sí, libres y sin bocado como potrillos en una dehesa, poniéndose de manos uno delante de otro, ó frotándose frente con frente, ó lamiéndose mutuamente su hermoso pelo reluciente y plateado; todos mirándonos con una atencion inquieta y curiosa, á causa de nuestros trages europeos y de nuestra lengua estrangera; pero familiarizándose pronto y viniendo graciosamente á tender su cuello á nuestras caricias y á las palmadas

que les dábamos en el cuello. Es cosa increíble la movilidad y la transparencia de la fisonomía de esos caballos cuando no se ha visto: todos los pensamientos se pintan en sus ojos y en el movimiento convulsivo de sus sienes, de sus labios, de su nariz, con tanta evidencia, con tanto carácter y movilidad, como las impresiones del alma en el rostro de un niño. Cuando nos acercábamos á ellos por primera vez hacían visages y gestos de repugnancia y curiosidad en un todo semejantes á los que hubiera podido hacer un hombre de impresiones vivas á la vista de un objeto imprevisible é inquietador; nuestro language sobre todo les chocaba en extremo, y el movimiento de sus orejas aguzadas y echadas hácia atrás ó tendidas hácia adelante, manifestaba su sorpresa y su inquietud:—lo que mas me admiró fué varias yeguas sin precio, reservadas para el mismo emir. Hice proponer por mi dragoman al escudero hasta diez mil piastras por una de las mas bonitas; pero por ningun precio se le decide á un árabe á deshacerse de una yegua de primera sangre, y nada pude comprar entónces.

Volvimos al anochecer á nuestra habitacion, adonde nos llevaron una cena semejante á la comida: varios oficiales del emir fueron á visitarnos de parte suya, y M. Bertrand, su primer médico, pasó la noche con nosotros. Gracias á un poco de italiano y de frances que habia conservado del re-

uerdo de su familia, pudimos conversar, y nos dió los mas interesantes pormenores acerca de la vida interior del emir de los drusos. Este príncipe, aunque de edad de setenta y dos años, habiendo perdido recientemente á su primer esposa, á quien debia toda su fortuna, acababa de contraer segundas nupcias: sentimos no poder ver á su nueva muger, que es, segun dicen, muy hermosa, y no tiene mas que quince años, es una esclava circasiana que el emir envió á comprar á Constantinopla, y á quien ha hecho abrazar el cristianismo ántes de casarse con ella, porque el emir Beschir es cristiano y aun católico, ó mas bien, es de todos los cultos oficiales de su pais; musulman para los musulmanes, druso para los drusos, cristiano para los cristianos. En su palacio hay varias mezquitas y una iglesia; pero hace algunos años, su religion de familia, la religion de su corazon, es el catolicismo. Su política y el terror que inspira su nombre son tales, que su fé cristiana no causa ni desconfianza ni despego á los árabes musulmanes, á los drusos, ni á los metualis que viven bajo su imperio; á todos administra justicia, y todos le respetan igualmente.

Acabada la cena, el emir nos envió algunos de sus músicos y cantores, que improvisaron versos árabes en honor nuestro. El emir tiene entre sus servidores algunos árabes únicamente consagrados á esta especie de ceremonias, que son esactamente lo que eran los trovadores de los castillos de la

edad media, ó en Escocia los poetas populares. En pié detras del almohadon del emir ó de sus hijos miéntras comen, cantan versos en alabanza de los amos á quienes sirven ó de los huéspedes á quien el emir quiere agasajar. Hicimos que nos tradujese M. Bertrand alguno de aquellos brándis poéticos, que eran en general muy insignificantes ó de pensamientos tan alambicados, que seria imposible traducirlos en ideas é imágenes apropiadas á nuestras lenguas de Europa.

Hé aquí el único pensamiento algo claro que hallo anotado en mi album:

“Vuestro bajel tenia alas, pero el caballo del árabe tiene alas tambien: su nariz, cuando vuela por las montañas, forma el rumor del viento en las velas del buque. El movimiento de su rápido galope es como el balance para el corazon de los débiles; pero regocija el corazon del árabe. ¡Ojalá sean para vos sus lomos un puesto de honor y os lleven con frecuencia al divan del emir.”

Entre los secretarios del emir hallé entónces uno de los mas grandes poetas de la Arabia; yo lo ignoraba, y solo mas adelante lo he sabido. Cuando supo por otros árabes de Siria que yo tambien era poeta en Europa, me escribió versos siempre impregnados de aquella afectacion y de aquel esmerado estudio, siempre echados à perder por aquellos retruécanos que son el carácter de las lenguas y de

las civilizaciones decrepitas; pero en los que se percibe no obstante una grande elevacion de ingenio y un órden de ideas muy superior á lo que nos figuramos en Europa.

Dormimos toda la noche sobre almohadones del divan tendidos sobre una estera, al rumor de los surtidores que murmuraban por todas partes en los jardines, en los patios y en las salas de aquella ala del palacio. Cuando amaneció, ví por entre las rejas á varios musulmanes que estaban haciendo oracion en el gran patio del palacio: tienden una alfombra en el suelo, para no estar en contacto con el polvo; están un momento de pié, luego inclinan todo el cuerpo de una vez, y tocan varias veces la alfombra con la frente, siempre vuelta la cara del lado de la mezquita; luego se echan boca abajo sobre la alfombra, golpean el suelo con la frente, se levantan y repiten muchas veces las mismas ceremonias, volviendo á las mismas actitudes y murmurando sus oraciones. Nunca he podido hallar ni aun asomos de ridiculez en esas actitudes, ni en esas ceremonias, por mas estrañas que le parezcan á nuestra ignorancia. La fisonomía de los musulmanes está á tal punto penetrada del sentimiento religioso que espresan con aquellos ademanes, que siempre he respetado profundamente su oracion; el motivo lo santifica todo. Adonde quiera que la idea divina descende y obra en el hom-

bre, le imprime una dignidad sobrehumana. Se puede decir:

— Yo no imploro como tú, pero imploro contigo al padre comun, al padre en quien crees y á quien quieres reconocer y honrar; como tú, quiero reconocerle y honrarle bajo otra forma. No me toca á mí reirme de tí; á Dios le toca juzgarnos.

Pasamos la mañana visitando los palacios de los hijos del emir, que están á corta distancia del suyo, una pequeña iglesia gótica, en un todo semejante á nuestras iglesias modernas de los lugares de Francia ó de Italia, y los jardines del palacio. El emir Beschir ha hecho construir otro palacio de campo á cosa de una milla de Dptedin, que es casi el único término de sus paseos á caballo, y casi el único camino por donde un caballo, aunque sea árabe, puede galopar sin peligro; por todos los demas lados, los senderos que conducen á Dptedin son tan escarpados y están tan suspendidos á la vera de inmensos despeñaderos, que no se puede pasar por ellos, ni aun al paso, sin temblar.

Antes de salir de Dptedin y de Deir-el-Kamar, escribo unas notas verídicas y curiosas que he recogido en estos mismos sitios, relativas al anciano hábil y guerrero que acabamos de ver.

NOTAS ACERCA DEL EMIR BESCHIR.

Cuando murió el último descendiente del emir Fakardin, el mando de la montaña pasó á manos de la familia Chab, familia que no se halla establecida en el Líbano mas que desde cosa de unos ciento diez años á esta parte. Veamos lo que cuentan de ella las antiguas crónicas árabes del desierto de Damasco.

Hácia principios del primer siglo de la egira, en la época en que las armas de Abubeker invadieron la Siria, un hombre de gran valor, llamado Abdalla, vecino de la aldea de Bet-Chiabi, en el desierto de Damasco, se cubrió de gloria en el sitio de esta ciudad, y fué muerto bajo sus murallas: el general musulman colmó de beneficios á su familia, que entónces dejó la aldea de Bet-Chiabi para ir á establecerse en Housbaye, en el Anti-Líbano, donde todavía se halla el tronco primitivo de esta familia, de donde ha salido la rama que reina actualmente en el Líbano.

El emir Beschir, uno de los descendientes de Abdalla, quedó huérfano de tierna edad. Su padre, el emir Hassem, habia sido revestido del manto de kakem y habia recibido el anillo del mando cuando su tio, el emir Milhem, dejó los negocios de Estado